

## *Las letras argentinas, los argentinos y los americanos según Baroja*

Libre de compromisos políticos, académicos o editoriales, carente de intereses personales que puedan hacer pensar en simpatías sospechosas o adhesiones de ocasión, Pío Baroja se permitió el lujo, en su larga vida de escritor, de decir muchas cosas. Hasta se jactaba de ello. Nos parece que estas muchas cosas no hubieran causado revuelo alguno si hubiesen sido dichas; pero, escritas, originaron enojos, respuestas agrias, enemistad, incompreensión.

Cuando alguien se atreve a decir que todo lo que ha leído de los americanos, «a pesar de las adulaciones interesadas de Unamuno, lo he encontrado mísero y sin consistencia», y, a continuación, entre los nombres de autores, incluye a un Ingenieros, a un Ricardo Rojas y hasta a un Sarmiento, y de este autor señala nada menos que a *Facundo*, el lector más o menos avisados en letras argentinas queda, por lo menos, sorprendido. No sabe si lee un exabrupto o la opinión malhumorada de un gruñón impertinente.

Para que no se piense que hemos forzado el texto al desglosarlo en cita, conviene recalcar en el artículo «Los americanos», incluido en el capítulo XV de *Juventud, Egotatría*. Aquí, entre otras cosas se lee:

«Paralelamente sucede, que, a veces, en un pueblo nuevo se reúne toda la torpeza provinciana, con la estupidez mundial, la sequedad y la incompreensión del terruño con los detritus de la moda y de las majaderías de las cinco partes del mundo. Entonces brota un tipo petulante, huero, sin una virtud, sin una condición fuerte. Este es el tipo del americano. América es por excelencia el continente estúpido.

El americano ho ha pasado de ser un mono que imita»...

«Esta impresión de hombre sereno, tranquilo, es la que no dan los americanos nunca; uno se nos aparece como un impulsivo atacado de furia sanguinaria, el otro con una vanidad de bailarina, el tercero con una soberbia ridícula.

La misma falta de simpatía que siento por los hispanoamericanos experimento por sus obras liberarias. Todo lo que he leído de los americanos, a pesar de las adulaciones interesadas de Unamuno, lo he encontrado misero y sin consistencia.

Comenzando por ese libro de Sarmiento, *Facundo*, que a mí me ha parecido pesado, vulgar y sin interés, hasta los últimos libros de Ingenieros, de Manuel Ugarte, de Ricardo Rojas, de Contreras. ¡Qué oleada de vulgaridad, de snobismo, de chabacanería, nos ha venido de América!»<sup>1</sup>.

En el mismo libro cabe aún encontrar otras declaraciones que vienen a cuento: «Salaverría supone que yo tengo un amor oculto por la sociedad brillante, por los generales, por los magistrados, por los indianos, por los argentinos, que dicen: “Qué esperanza”. Siento por ellos el mismo cariño que por las vacas que pasan por la carretera por delante de mi casa»<sup>2</sup>. Más adelante, al hablar con afecto de sus patrias regionales, Vasconia y Castilla, dice: «Entre vascos y castellanos es donde me gustaría tener mis lectores. / Los demás españoles me interesan menos; los españoles de América y los americanos no me interesan nada»<sup>3</sup>.

Este libro, *Juventud, Egoatría*, se publica en 1917. Baroja tiene entonces 44 años. Ha publicado ya, entre otras novelas, *Zalacaín el aventurero*, la trilogía «La lucha por la vida», *César o nada*, *Las inquietudes de Shanti Andía*, *El árbol de la ciencia*, *El mundo es así*, es decir, se trata de un novelista ya consagrado, de un hombre y un escritor maduro y con una fama en ascenso.

Este tipo de opiniones respecto de los hispanoamericanos no es novedad de *Juventud, Egoatría*, ya que diez años antes, en *Las tragedias grotescas*, podía leerse ejemplos como éstos: «Aníbal Orantes era americano, de una de las Repúblicas de la América del Sur, acerca de las cuales los españoles poseen una idea tan vaga como de los países del interior del África»<sup>4</sup>. El juicio es ligero y ofensivo, a dos puntas, la ignorancia de los españoles respecto de América, el paralelo sugerido con el África salvaje de principios de siglo. No hay prejuicio en esta deducción, pues un poco más adelante un joven vasco al referirse a los americanos los tilda de gente superficial «a quienes no se les ve el fondo nunca, quizá por eso, porque no lo tienen. A mí, estos hombres sin casta me repugnan, me dan la impresión de esos animales fríos y viscosos que se desizan entre las manos... ¿qué son?... Un producto híbrido, mezclado... Españoles ¿mejorados?, ¿empeorados?»<sup>5</sup>.

La trilogía «El Pasado» está formada por *La feria de los discretos*, *Los*

<sup>1</sup> Pío Baroja, *Juventud, Egoatría*, en *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1948), V, págs. 213-214.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 166.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pág. 169.

<sup>4</sup> Pío Baroja, *Las tragedias grotescas*, en *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1946), I, pág. 941.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 944.

*últimos románticos* y *Las tragedias grotescas*. Pero la verdadera serie se compone por las dos últimas novelas cuyo personaje central es don Fausto Bengoa y su familia. La primera es independiente. Por otra parte lo más interesante de la novela o lo constantemente interesante es el París de Napoleón III inmediatamente anterior a la caída del emperador. Un París donde los fracasos de la política imperial presagiaban la guerra con Prusia y el establecimiento de la Comuna. En esta narración barojiana caben la arqueología, los paisajes, las gentes, los cafés, la descomposición social. Tras su lectura, queda un dejo triste y amargo.

No se trata de un ensayo, es fundamentalmente una novela, de trama lo suficientemente abierta como para que quepan las más diversas opiniones, pero novela al fin. Debemos tener el cuidado de no identificar todas las opiniones o todos los personajes o todos los paisajes urbanos con una realidad objetiva. Se trata más bien de una realidad subjetiva, propia de un mundo de ficción. Las andanzas de los americanos o las opiniones sobre ellos no deben ser tomadas como muestra cabal de una realidad o como afirmación apodíctica. Aunque el poder sugeridor de la «poesía» novelesca, de todos modos, los presente desfavorablemente.

Como estos juicios, novelescos o no, originaron una verdadera reacción antibarojiana, es de interés recordar que otras gentes no americanas le merecieron parecido trato. Nos parece ilustrativo al respecto el inteligente rastreo realizado por José Corrales Egea en lo que se refiere a los franceses y las opiniones que de ellos expresa Baroja. Veamos: ausencia de gracia, amaneramiento y afectación, orgullo, petulancia y soberbia, «chauvinismo», complejo de superioridad, avaricia y mezquindad. Más aún, frente a las proclamadas y reiteradas virtudes republicanas de libertad, igualdad y fraternidad, la presencia de la violencia, el despotismo y la brutalidad.

Corrales Egea llega a estas conclusiones fundado en abundantísimos textos barojianos; y sostiene que al lado de estos defectos, las virtudes que halla en los franceses, como la amabilidad, la industriiosidad, el apego a las tradiciones, el amor a la tierra, etc., resultan pálidas o de poca monta frente a tanto defecto dicho y reiterado<sup>6</sup>.

Sin embargo, debemos reconocer la admiración e interés de Baroja por Francia, los franceses o lo francés. Tanto es así, que el crítico llega a decir que «las alusiones a Francia y a elementos franceses se manifiestan desde el primer libro publicado por el autor en 1900 (*Vidas Sombrías*), y persisten hasta las últimas novelas, relatos y escritos»<sup>7</sup>.

Baroja admira la literatura inglesa, en especial unos pocos nombres y, más particularmente, a Charles Dickens, de quien llega a decir que «es el

---

<sup>6</sup> José Corrales Egea, *Baroja y Francia* (Madrid: Taurus, 1969). Vid. esp. el cap. II, «El país y los hombres».

<sup>7</sup> *Ibidem*, pág. 14.

payaso místico y triste, San Vicente de Paúl de la cuerda floja, San Francisco de Asís de los rincones londinenses»<sup>8</sup>. Juicios elogiosos, inusualmente afectivos, ya que en el mismo libro, por ejemplo, llama a *Otelo*, de Shakespeare, drama «falso y absurdo»<sup>9</sup>. En otra ocasión me he detenido a situar a Baroja en la novelística europea<sup>10</sup>, ahora, y a nuestro propósito, baste decir que, de entre los autores famosos, muy pocos son los que escapan a su acerba crítica.

En cuanto a los novelistas españoles, tampoco ahorra duros calificativos. Así, Juan Valera «era un fabricante de *bibelots* y no quería salir de ahí...»<sup>11</sup>; Pedro Antonio de Alarcón «es un escritor aparatoso, con una pretensión cómica de ser humorista, carácter que no se puede dar a un hombre lleno de preocupaciones de todas clases como él»<sup>12</sup>; José María de Pereda, «el más antipático» de los realistas españoles de fin de siglo<sup>13</sup>; las novelas de Emilia Pardo Bazán tienen «un aire de falsificación»<sup>14</sup>; Benito Pérez Galdós se interesaba sobre todo por «lo pintoresco de España, el dinero y las mujeres... pero de las mujeres no le interesaba su espíritu, sino su vida y hasta sus trampas»<sup>15</sup>.

Los ejemplos podrían aumentarse sin dificultad, pero son suficientes para demostrar que el novelista nunca tuvo una manía antiamericana o antiargentina. Juicios severos y hasta exabruptos le merecen ciertas manifestaciones culturales y autores hispanoamericanos pero, con la misma severidad y rudeza, trata a muchos escritores y libros de la literatura norteamericana, europea y española.

América debió de ser para Baroja una obsesión y un enigma, como España su preocupación preponderante. Sería muy difícil separar el tema América del tema España. Vivió la historia y hasta escribió una extensísima historia española contemporánea a través de su novelística histórica—recuérdense los veinticuatro volúmenes de las *Memorias de un hombre de acción*— y de toda su obra, en la que muestra un particular interés por el tema.

En esa historia debió buscar claves para interpretar el presente de España y para pensar en la España futura. A principios del siglo escribe:

<sup>8</sup> Pío Baroja, *Juventud, Egotatría*, pág. 183.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pág. 161.

<sup>10</sup> En mi libro *El problema de la novela en Pío Baroja* (México: Ateneo, 1964), especialmente en su Cap. III, «Baroja en la novela contemporánea».

<sup>11</sup> Pío Baroja, *Galerta de tipos de la época*, en *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1949), VII, pág. 813.

<sup>12</sup> *Ibidem*, pág. 832.

<sup>13</sup> Pío Baroja, *Juventud, Egotatría*, pág. 184.

<sup>14</sup> Pío Baroja, *Galerta de tipos de la época*, pág. 832.

<sup>15</sup> Pío Baroja, *Final del siglo XIX y principios del XX*, en *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1949), VII, págs. 743-744.

«Yo empiezo a considerar posible la redención de España; casi, casi, creo que estamos en el momento en que esta redención va a comenzar.

Hemos purgado el error de haber descubierto América, de haberla colonizado más generosamente de lo que cuentan los historiadores extranjeros con un criterio protestante imbécil, y tan fanático o más que el del católico. Hemos perdido las colonias. España ha sido durante siglos un árbol frondoso, de ramas tan fuertes, tan lozanas, que quitaban toda la savia al tronco. El sol no se ponía en nuestros dominios; pero mientras en América iluminaba ciudades y puertos y monumentos contruidos por los españoles, en España no alumbraba más que campos abandonados, pueblos sin vida, ruina y desolación por todas partes.

Se han perdido las colonias; se han podado las últimas ramas, y España queda como el tronco negruzco de un árbol desmochado. Hay quien asegura que este tronco tiene vida; hay quien dice que está muerto»<sup>16</sup>.

Esto dice en un artículo publicado en *El Globo*, en 1902. Dicho de otro modo, Baroja bien sabía cuánto significaba América para España, para bien y para mal, cuatrocientos años de estrecha unión. Se nos ocurre pensar que cuando maltrata a América, de alguna manera está maltratando a España. No se trata de un simple lastre desmontable, es más bien, una parte integrada por cuatrocientos años de historia. La pérdida de las últimas colonias abre un nuevo capítulo de esa historia: el viejo tronco tiene vida y reverdecerá, los retoños americanos ya son árboles.

Pero, a un escritor como Baroja no le pidamos declaraciones sentimentales. Aunque a veces las haga, es más inclinado a la crítica, a la burla, siempre fundado en un particular sentido del humor. Sus libros son siempre interesantes aunque ciertos juicios puedan mosquear al lector. De alguna manera, en un momento dado y casi sin percatarse de ello, el lector participa de las ideas de los personajes, de su discusión, se siente tentado de intervenir, interesado en oponerse o expresar su acuerdo. El escritor no es solemne, no se siente obligado a serlo; por el contrario, su prosa es un fluir de espontaneidad donde el espíritu crítico y la ironía se desentienden de la solemnidad rebuscada, del melindre, de la ramplonería. Quizá en este hecho de llamar a las cosas por su nombre, radique el interés que suscita en los jóvenes y se asiente su permanente actualidad.

Sintiéndose molesto por ciertos juicios de Baroja, un crítico argentino, Juan B. González, tras considerar la defensa de «Azorín» o de Ortega y Gasset, fundada en la sinceridad o en el «fondo insobornable» del escritor, lo llegó a acusar de falto de probidad cuando se refiere a los hispanoamericanos, en el capítulo «Los americanos», de *Juventud, Egotría*. Para González se trataba de un «manejo de frases gratuitamente malevolentes y a la vez obtusas por la deficientísima información que el autor vasco demuestra poseer en lo que a América y a la Argentina se refiere. En el yermo de esas páginas sólo viven la incomprensión y la ojeriza»<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Pío Baroja, «Vieja España, Patria nueva», recogido luego en *El tablado de Arlequín*, en *Obras Completas* (Madrid: Biblioteca Nueva, 1948), V, págs. 29-30.

<sup>17</sup> Juan B. González, «Aspectos de la obra de Pío Baroja», *Nosotros*, LIV (1926), págs.

Héctor Olivera Lavié, novelista y crítico admirador de Stendhal, se preocupó mucho por la obra de Baroja. En *La Nación*, de Buenos Aires, afirmaba que el interés, la emoción y la sinceridad que el novelista despierta son virtudes que aseguran su existencia. Sus opiniones «acerca de hombres y de cosas, son juicios superficiales, pintorescos... no nos indigna como indigna a mucha gente», no tiene importancia<sup>18</sup>.

Estos dos argentinos admiraban a Baroja. De Olivera Lavié se lee que escribía influido por su prosa<sup>19</sup>. El primero, ante las alusiones contra los argentinos y su literatura no pudo menos que manifestar su molestia, el segundo restarle importancia. Los dos, de alguna manera y todavía, representan la reacción general del lector argentino: molestarle o sonreírse o ambas cosas a la vez y, en cualquier caso, seguir leyéndolo.

A pesar del «deseo» barojiano de tener sus lectores en Vasconia y Castilla, sus lectores en América fueron y son muchos, y muchísimos en la Argentina.

CARLOS ORLANDO NALLIM  
Universidad Nacional de Cuyo  
Mendoza (Argentina)

---

58-71. Las páginas de este artículo son ecuanímes y exaltan la obra del novelista; pero, molesto por los desplantes de Baroja, a ellos les dedica los dos párrafos finales, dejando en claro que no vale la pena refutarlos ni con serenidad, ni con encono, ni con gasto de «ática prosa» como ya antes se había hecho. Este artículo se recoge luego en *En torno al estilo* (Buenos Aires: Gleizer, 1931), págs. 59-76.

<sup>18</sup> Héctor Olivera Lavié, «Las horas solitarias», recogido por J. García Mercadal en *Baroja en el banquillo (Tribunal extranjero)*, (Zaragoza: Librería General, s.f.), págs. 282-286.

<sup>19</sup> Vid. Juan Pinto, *Breviario de Literatura Argentina Contemporánea* (Buenos Aires: La Mandrágora, 1958), pág. 118.